

SARA MEJA: MAÑA LETRA (2016)

Durante tanto tiempo deseé que se le descolgara la lámpara sobre la cabeza que algunas veces pienso que realmente pasó, que se descolgó y cayó sobre ella, pero no, pero no. La lámpara estaba ya un poco descolgada, quiero decir que estaba separada del techo un par de centímetros por uno de los lados, cosa de la que nadie se había dado cuenta y de la que yo tampoco quise avisar. Cabía el riesgo de que, si finalmente se descolgaba entera y se caía, también hiriese al tío, pero pensé que había muchas menos posibilidades de que esto sucediera porque el tío rara vez dormía en aquella cama. En cambio, la tía, además de dormir allí todas las noches, se echaba largas siestas argumentando lo de las jaquecas, así que sólo era cuestión de esperar el milagro. Por aquel tiempo creía que la intensidad con la que deseara algo podría terminar produciéndolo, que cuanto más fuerte lo deseara, más fácil sería conseguirlo, y así yo, que era en esencia una personita realista y sabía que con mi deseo también estaba poniendo en riesgo

al tío, deseaba simultáneamente que la lámpara la matase a ella pero que, como mucho, sólo lo hiriera con levedad a él. Era una lámpara pesada de cristales verdes unidos por una estructura de bronce, cristales hexagonales por el centro y triangulares en la base, donde se estrechaba para tomar la forma de una lágrima. La recuerdo con tanta precisión porque estuve acechando horas y horas la brecha entre la parte superior —un pesado cilindro macizo, ennegrecido por la humedad— y el techo de escayola —amarillento y en apariencia más bien blando—, calibrando si se agrandaba o no con el paso de los días. Pensaba que si la lámpara caía sobre la cama —dado que justo pendía encima de su pecho—, la tía no sobreviviría. No era ésta la única manera en la que imaginaba su muerte.

A veces, por ejemplo, deseaba que se estrellase contra un muro en su viejo Renault 5. Imaginaba en concreto el muro de la entrada de nuestra calle, donde había que maniobrar un poco al girar, un muro de ladrillos en el que alguien había pintado *FUCK MAY 68 FIGHT NOW* y también *NO A LOS DESPIDOS EN BOCAL*, pintadas que por aquel entonces yo había leído miles de veces sin saber bien qué era «*Fuck*» ni tampoco «*Bocal*». Con todo, era más probable que muriese aplastada por la lámpara que estrellada contra aquellas pintadas, porque la tía rara vez cogía el coche, y además era prudente conduciendo, iba muy despacito, y despotricaba siempre contra los que la adelantaban, especialmente contra los chavales en moto. Las otras opciones que llegué a barajar —que se le volcase encima la sartén con aceite caliente, que entraran en la casa unos

ladrones sin escrúpulos, que hubiese un terremoto o una inundación— me parecían también poco seguras o improbables. A mis nueve años yo era, como he dicho antes, esencialmente realista.

Quinqui me decía siempre que me relajara, que me relajara un poco, decía, no se puede pensar de esa manera a tu edad, qué vas a dejar para más tarde. Él no sabía que también estaba en el blanco de la tía, que ella no paraba de hablarme mal de él, como en realidad hacía de todo el mundo, hablaba siempre mal de todo el mundo, pero especialmente de él, qué te une a ti a ese hombre, decía, por qué no vas con niñas de tu edad, qué haces tú con ese viejo cojo. Yo no quería decirle a Quinqui que ella lo llamaba así, «viejo cojo», porque bastante dolor tenía él ya con eso, y porque además era verdad, Quinqui era viejo —por lo menos cuarenta— y era cojo —por lo del accidente—, pero también era bueno y sabía mucho de dibujos animados y siempre calentaba un poquito al sol las onzas de chocolate antes de meterlas en el pan. Cuando yo traté de explicarle esto a la tía, ella me dijo que ese viejo depravado —yo entonces no sabía qué significaba «depravado»— no tenía por qué darme a mí la merienda, y mucho menos sentarse conmigo a ver la tele, así que me prohibió ir a verle, y cuando empecé a escaparme en la bici aprovechando los momentos en que ella salía a hacer la compra, me quitó la bici y se la regaló a unos gitanos. Acabarás como tu madre, decía siempre, y aquí el tío también tenía su parte de culpa, porque jamás me defendió, y una vez incluso se presentó en la casa de Quinqui, y allí en la misma puerta —no quiso pasar

aunque Quinqui le invitó a que lo hiciese—, agarrándome del brazo como si yo hubiese hecho algo malo, le pidió que me dejase en paz, le amenazó incluso con ir a la policía, le preguntó qué hace un viejo con una niña, repitiendo las mismas frases de la tía, cumpliendo órdenes, qué clase de amistad es ésta, y todo lo demás. Quinqui tampoco hizo nada por defenderse. Me dijo que me fuese con mi tío, me pidió que le obedeciera, y se quedó, me parece, un poco triste, pero ni siquiera me miró al alejarme.

Quinqui era, o había sido, mi mejor amigo. El único que me habló bien de mi madre. El resto de la gente callaba o insinuaba cosas malas de ella. Algunos cerraban los ojos como si algo les dañara al recordarla. Otros fruncían los labios o miraban a un lado. Ponían cara de pena y me acariciaban la cabeza. Decían oh pobrecita, menos mal que ahora tienes a tus tíos. A mí nada de eso me dolía. Ya no. Más bien me fastidiaba, por lo repetitivo del asunto. Pero me gustaba que Quinqui rompiera la norma. Me dijo que mi madre era muy guapa —y lo dijo con naturalidad, como quien dice que un perro es bonito o que las estrellas están más brillantes que de costumbre—, y me dijo también que era muy generosa, que todo lo suyo era también de los demás, que siempre se reía, que le gustaban muchísimo los gatos y que tenía el mismo hoyuelo que tenemos Silvio y yo en la barbilla. Le pregunté a la tía lo del hoyuelo, si era verdad que lo habíamos heredado de mi madre —porque ni ella ni el tío lo tenían—, y ella me dijo que Quinqui era sólo un viejo cojo que no tenía respeto por nada. Yo no supe ver la relación entre las dos cosas —ser

un viejo cojo y recordar el hoyuelo de mi madre—, pero decidí que era mejor callarme. Lo primero que debe aprender una niña a cierta edad —y yo ya había cumplido diez años— es a callarse. Silvio, por ejemplo, no sabía callarse todavía. Preguntaba por mamá mucho más que yo, y entonces la tía lo cogía en brazos y lo arrullaba entre grandes suspiros, cuando era obvio que él no buscaba consuelo, sino respuestas. El tío, en cambio, se ponía muy nervioso ante las preguntas. Decía «sshh, sshh», como si no quisiera levantar la liebre. Aquella era una de sus expresiones favoritas: no levantes la liebre, no saques el tema, no despiertes los demonios, no levantes la liebre.

Al final, nos quedábamos sin enterarnos bien de lo que había pasado. Teníamos que apañarnos con las suposiciones, los rumores y esas frases medio oídas, a veces, en la oscuridad del salón cuando ya nos habían mandado a la cama.

Qué asco, está claro que lo llevas en la sangre: eso tampoco pude entenderlo bien, o a mis diez años —ya casi para once—, no quise yo entenderlo. Era porque había escondido unas revistas debajo del colchón, unas revistas que me había prestado una amiga del colegio —una repetidora— en las que salían cantantes muy guapos —taco de buenos, decía la repetidora— y una sección de moda con fotos de vestidos que yo jamás podría comprar, y algo así como un consultorio sentimental en el que las chicas preguntaban a una tal Miss Lencería «en qué momento está una preparada para dejar de ser una niña y darse entera» o si es verdad o mentira que «una puede tocarse sola y luego viene un cosquilleo

y no hace falta un chico para llegar a conocer el propio cuerpo». Recuerdo a la perfección esas preguntas, aunque no soy capaz de recordar las respuestas que daba Miss Lencería, incomprensibles para mí. Tampoco he olvidado la cara con que la tía dijo qué asco y lo tiró todo a la basura —cogió las revistas por las esquinas con dos dedos como si estuviesen sucias—. Luego dijo, ya casi gritando, que de seguir así de allí a unos años me veía con un «bombo». Lo del bombo sí se lo había oído ya otras veces, aunque no, todavía, aplicado a mí: la del Chico, fíjate qué bombo. O: dijo que se iba a Cárdenas a trabajar, pero lo que pasó es que no quería que la viesen con el bombo. O: hoy día no tienen problema en casarse con el bombo, van tan orgullosas con la ropa ceñida y a cara descubierta. Yo me sentí tan mal que en cuanto se dio la vuelta me vino la necesidad de escaparme, una necesidad tan grande que no me importó la bronca que me iba a caer luego, y me fui corriendo a la casa de Quinqui, que no estaba, y fui a buscarlo al bar, y tampoco estaba, y lo esperé al filo del camino, donde empiezan las huertas, y tampoco estaba, y finalmente volví a su casa y me senté en el escalón llorando y abrazándome las rodillas, mientras se hacía de noche, hasta que llegó la tía —pero no Quinqui—, la tía acompañada del tío —él apesadumbrado—, cogiéndome otra vez del brazo y mascullando: sabía que estarías aquí, cómo lo buscas, eres como una puta, y ésa fue la primera vez de las muchas que vendrían más tarde que utilizó esa palabra-piedra, «puta», pero no como quien insulta, sino simplemente como quien designa una realidad indiscutible, con frialdad y conciencia.

La madre de la repetidora no lo veía normal. Su hija se lo había contado todo: lo de las revistas, lo de la prohibición de ir a ver a Quinqui, lo de la bici. Mis tíos no eran en absoluto normales, me decía, porque las cosas ya no eran como antes, afortunadamente la sociedad estaba cambiando, aseguraba mientras me preparaba un colacao. Ella misma, decía, ella misma era un buen ejemplo de los cambios. Antes una no se divorciaba ni loca. No se atrevía ni siquiera a pensarlo. Menos, con una hija. Pero ella lo había hecho y no pasaba nada, sabía salir adelante por sí misma, no necesitaba a ningún hombre. Yo no lo tenía tan claro —que no pasara nada—, porque la gente decía que la razón de que su hija repitiese curso era precisamente que ella se había divorciado. A las niñas hay que darles la misma libertad que a los niños, decía luego, somos todos iguales. ¿Y qué pasa cuando tampoco se les da libertad a los niños?, pensaba yo. Porque Silvio, siendo tan pequeño, también se veía forzado a llevar una doble vida, también se llevaba sus broncas, también tenía prohibido salir con los niños de abajo, jugar al fútbol en la liguilla, comprar chuches, ver *Mazinger Zeta*. Aunque los argumentos de la madre de la repetidora no me valían de mucho, tampoco me valía de nada discutirlos, y me bebía el colacao asintiendo. A mis doce años recién cumplidos ya había desarrollado yo la desquiciante capacidad de discutirlo todo, o de verlo todo desde otro ángulo posible, sin despegar los labios ni siquiera. Tú vente aquí cuando tu tía se ponga pesada y hablamos de nuestras cosas, me decía ella riendo, sin que yo terminara de entender cuáles eran «nuestras cosas». Luego

se iba a ver la telenovela, fumando un cigarrillo tras otro, y yo la miraba de lejos con esa desconfianza que se me empezó a hacer tan propia.

¿Era en realidad tan terrible mi vida? Aunque la de la repetidora me parecía envidiable, yo tenía muchas dudas. Estaban las prohibiciones, siempre, y las broncas, sin duda, pero a veces mi tía se reía —y su risa era hermosa— y a veces mi tío jugaba con nosotros a las cartas —era incansable, como un niño pequeño—, y en días de suerte la cocina se convertía en un lugar seguro, con Silvio haciendo el tonto y nosotros tres riendo mientras él se entregaba a su espectáculo, y el olor de la tortilla caliente y de las plantas recién regadas envolviéndonos, ese aroma a tierra mojada. En aquellos momentos todo me parecía firme y nos sentíamos extrañamente bien, como una familia normal, al menos por un rato. ¿Por qué esa sensación no podía durar siempre? Yo me miraba al espejo —mi cuerpo alargado y feo, los malos pelos, los pies grandes, las rodillas huesudas— y me sentía tan fuera de lugar, tan lejana de todos y con tan pocas posibilidades de avanzar o cambiar, que otra vez se levantaban los fantasmas, otra vez estaba mi tío llamándome a voces, otra vez mi tía protestando por mi tardanza, mi pereza, mi suciedad, otra vez la exigencia, las insinuaciones, las palabras-piedra, el aislamiento, otra vez todo aquello y cada vez más fuerte mientras los días pasaban y yo crecía.

Todo se complicaba. Quinqui ya sólo me saludaba de lejos. Ni siquiera me permitía acercarme demasiado si había gente —y siempre había gente—: jamás me tocaba ni me levantaba en alto, como antes. Llegué a

pensar que no le entristecía demasiado la distancia. Yo ya no era la misma niña y él cada día parecía más viejo y más cansado. Con la repetidora las cosas no eran mucho más fáciles. Cuando suspendí inglés y matemáticas, me prohibieron también salir con ella. Yo le dije a la tía que no tenía motivos para impedírmelo porque, aunque hubiera suspendido, yo sabía muchas más matemáticas y mucho más inglés que ella, entonces me llamó insolente y me castigó dos semanas sin salir. *What's the difference*, dije en voz alta, *it's always the same thing and you are an ugly bad woman*, y me subió el castigo a tres semanas. Volverme contestona no solucionaba nada, pero no podía evitarlo. La rabia y el despecho no eran soluciones, eso ya lo sabía, pero estaban ahí, latiendo fuerte tras la herida. ¿Qué hacer con ellas? Todo se complicaba. Por primera vez, ni Silvio ni yo pudimos ir a la convivencia que organizaba el colegio en los pinares. Según la tía, aquello no era convivencia ni nada que se le pareciera. Era sólo una excusa, aunque no explicaba para qué. A mis trece años, decía, no tenía yo necesidad de ir por ahí saltando en sacos de arpilla ni mojándome la camiseta con globitos de agua. Luego nos recordaba aquella historia que nos había contado ya mil veces, siempre con las mismas palabras, la del profesor al que detuvieron porque se llevaba a los niños a su casa para hacer con ellos Dios sabía qué, y de ahí derivaba a mi amistad con Quinqui, viejo cojo, y luego a lo de las revistas, la repetidora, los suspensos, y otra vez a lo de la convivencia en los pinares. Esta progresión podía llegar a durar horas e incluso días, se hacía circular, daba vueltas sobre sí misma,

nos desquiciaba. Siempre podía sumar algo nuevo a la cadena, pero nunca, jamás, restaba nada.

En todo aquel tiempo la lámpara no se había movido ni un milímetro. A mí me parecía lejanísima la época en la que había deseado a diario, con tanta intensidad, que se descolgara. Comprendí que la fuerza del deseo no bastaba. Ni el mayor de mis empeños bastaba. A mis catorce años, encerrada en la habitación y tumbada en la cama, cerraba los ojos con energía hasta que se formaban manchas rojas tras los párpados, círculos amarillos que se acercaban y alejaban. No pasaba nada. Luego apretaba aún más los párpados, hasta que llegaban los tonos azules y negros, y chirriaba los dientes por la presión, se me endurecían la mandíbula y el cuello. No pasaba nada. Concentrada, insistente, deseaba que el sobrino de Quinqui me mirara, que pasara una vez por delante y me mirara, que volviese un poquito la cabeza, o los ojos al menos, y me mirara, aunque fuese sólo para mostrarme que advertía mi presencia. Y no pasaba nada. A pesar de mi ambición, de la necesidad y el ansia, a pesar de las manchas tras mis ojos y el rechinar de dientes, nunca me miraba. No, el deseo no bastaba. Era demoledor saberlo.

Un día de primavera, en el recreo, agobiada por la solana y el aburrimiento, me acerqué al Chino y lo besé en la boca. Lo besé así de pronto, con desesperación, porque sabía que no se iba a retirar si lo besaba, y lo hice también porque el sobrino de Quinqui estaba cerca y a lo mejor así me miraba —como sucedió—, pero también me vio Julia, la hija de la maestra, que debió de contárselo a su madre, y su madre a mi tía, de don-

de vino otra retahíla de esas palabras-piedra que a mis quince años ya me había acostumbrado a escuchar y que resbalaban por mis oídos, mis brazos y mis piernas sin ni siquiera sorprenderme. Al fin y al cabo era siempre lo mismo, una tras otra las palabras-piedra, las que justificaban el encierro, el control, las inspecciones de cuadernos y de colchones, el cálculo de mis horas de estudio, la protección —la maldita protección—, y ese afán por reconducirme al buen camino, aún hay tiempo, le oía decir a veces, aún hay tiempo de que cambie y mejore.

Quizá por eso Julia se volvió importante en mi vida, quizá desde aquel día, el día del beso al Chino. Julia, qué ojos castaños, qué mirada, por qué no sales más con Julia, Julia está aprendiendo a tocar el piano, tiene paciencia, Julia es inteligente porque lleva adelante lo de la música y además saca buenas notas, cuida al hermano chico, cuida a la abuela, su madre puede irse tranquila a trabajar porque Julia deja siempre la casa perfecta, has visto cómo viste, si te recogieras el pelo como ella estarías mucho más guapa, los zapatos de Julia son preciosos, ella no necesita ir a la moda, por qué no te haces amiga de Julia, es porque nunca ha repetido curso, a ti sólo te gustan las chicas que repiten, por qué no llevas tú a Silvio al parque como hace ella con su hermano, por qué rondas otra vez alrededor de Quinqui y de ese a quien llaman el Chino, no ves que cualquier día vienes con un bombo. Y era todo verdad, que yo no quería ir con Julia, que no quería recogerme el pelo como ella aunque a ella le quedaba bien y estaba guapa —pero yo no, yo no—, que a mí me gustaban

más las chicas que repetían o que al menos sacaban malas notas —porque eran más divertidas y nos reíamos mucho más que con Julia—, y era también verdad que yo jamás le abría a Silvio la jaula —bastante tenía conmigo misma—, y era verdad que rondaba otra vez a Quinqui para sentirme más cerca de su sobrino —aunque no funcionaba, no funcionaba—, y era verdad que utilizaba al Chino para aumentar mi valía y darle celos, y era verdad que a mis dieciséis años recién cumplidos sólo faltaban unos pocos meses para que apareciese con un bombo, aunque eso yo todavía no lo sabía, no podía saberlo.

Pero antes de aquello —¡cuántas cosas pasaban en tan poco tiempo en aquel tiempo!— pasó también lo de Julia al lado del canal, en el camino oscuro donde yo estaba paseando con el Chino —teniéndolo a distancia, pero teniéndolo—, a escondidas de todos y sobre todo a escondidas de mis tíos. En aquel camino habían construido unos bancos de cemento que miraban al bosque de eucaliptos, unos bancos horribles que luego se rompieron —o los rompieron—, y aparecieron de un día para otro cubiertos de grafitis. Cuando creció la maleza alrededor ya nadie se sentaba en ellos, salvo por la noche, y sólo las parejas o los mirones. Esta vez los mirones éramos nosotros y la pareja ellos: Julia, la perfecta y estudiosa Julia, sentada en las rodillas de un chico mayor —el Chino dijo que era uno de los mecánicos del taller, uno que no vivía en el pueblo—. El chico metía una mano bajo su camiseta y la manoseaba, mientras ella se aplastaba contra él, se abalanzaba contra él, se apretaba y se movía lentamente arriba y abajo,

sobre él, con un ritmo constante. Yo sentí que algo me trepaba por el vientre —una inquietud enfadada, la envidia, la rabia y la curiosidad: esa amalgama— y sentí también el deseo de correr como una loca hasta mi casa, de correr antes de que se me pasaran las ganas de contarle, de correr sin explicarle nada al Chino, al que dejé plantado en mitad del camino. Ganas de aporrear la puerta, de esperar que me abrieran, de responder quizá a las tres o cuatro preguntas de costumbre —dónde has estado, por qué llegas tan tarde, por qué estás jadeando, crees que éstas son horas de cenar—, y después encontrar el momento, el silencio adecuado entre una pausa y otra en la cocina, localizar el gesto más tranquilo de la tía mientras sacaba los huevos, las patatas, el pan —pues nunca, nunca, a pesar de sus enfados, me dejaba sin cenar—, esperando la entonación propicia para interrumpirla, para abrir la boca y empezar a contar —con la voz quebrada, desacostumbrada a esos relatos— todo lo que había visto. Y continuar hablando a pesar de que en la cara de la tía se extendía una expresión de descrédito y de furia, una palidez que no me presagiaba nada nuevo, y aun así seguir hablando, para después de todo aquel esfuerzo, de mi relato bien trabado y bien dramatizado, no conseguir nada más que la mirada más despreciativa del mundo y una ampliación del repertorio de las palabras-piedra, que a partir de esa noche se enriqueció notoriamente con la incorporación de «chivata», «perversa», «malpensada», «acusica», «resentida», «retorcida».

Pero no fueron las palabras-piedra. No lo fueron. Aquella noche hubo otra novedad, una expresión más

larga, una frase completa, frase-piedra, la que yo no esperaba y la que sí fue dicha, y que esta vez, pillada sin defensa, me hirió durante mucho tiempo, y bien dentro, y bien hondo, incluso hasta cuando más adelante pude comprenderlo.